

RUBIO TOVAR, Joaquín: *Literatura, historia y traducción*. Ediciones de La Discreta: Madrid 2013. 688 pp.

En el prólogo de este ensayo se apuntan unas premisas que vale la pena tener en cuenta para su lectura. En primer lugar, se nos recuerda que este trabajo es fruto de la docencia, una

actividad que ha sido y debería ser axial en las humanidades. En estos tiempos tan evanescentes, tan virtuales, la tarea de impartir clase nos sitúa en un *hic et nunc*. En la incesante transmisión de conocimientos, el profesor fija su quehacer docente y también investigador en el referente de un otro. La presencialidad [sic] no es una opción en el aprendizaje, debería constituirse en razón de ser del profesor de humanidades. Como ha sido también la docencia punto de partida de la mayor parte de la investigación que a lo largo de nuestra historia se ha realizado en esta área de conocimiento. Este ensayo nos remite a su origen en unas clases, en la dialéctica con los estudiantes, en el seguimiento del proceso de aprendizaje. La desconfianza permanente en el alumnado o la voluntad –tantas veces expresada lamentablemente por algunos docentes–, de refugiarse en programas, becas o cualquier otro instrumento administrativo para no exponerse a dar clase, son síntomas evidentes de una crisis, de una ruptura en la tradición humanística.

La reivindicación de la historia es algo a lo que Rubio Tovar nos tiene acostumbrados. Quizás porque, como dijo Schlegel, el fin de la filología es la historia. Tal y como defendió en otro ensayo, *La vieja diosa* (2004), en la historia descubrimos la ambigüedad del ser humano, lo ambivalente y flexible de toda creación cultural, frente a lo esencialmente sustantivo (y rígido) de la teoría. Porque la historia, también la historia de la traducción, no puede ser de otro modo que verbal.

Rubio Tovar entiende la traducción como una actividad centrípeta y centrífuga. El texto sale de sí mismo y se transforma en otra lengua, en otro tiempo y en otra situación. Pero, también, es una experiencia hacia dentro, un trabajo interno, en el texto, para transformarlo. En este sentido, creo que el autor suscribiría unas palabras de Carles Riba, quien, en el premio a su traducción de la *Odisea*, escribía: “[...] traducir, así visto, ¿no será sino leer ensayando una forma a la personal interpretación? Y aquel que buenamente lee, si lee bien, ¿es que acaso no hace otra cosa sino traducir para él, más provisionalmente todavía?”. El vínculo insoslayable entre la pragmática de la lectura y la traducción es advertido desde el inicio del ensayo y mantenido a lo largo de sus páginas.

De manera meridiana, el autor afirma que “la traducción es uno de los medios por los que se ha difundido y transformado la literatura, es decir, uno de los medios gracias a los cuales ha sobrevivido” (p. 16). No cabe duda, pues, que el humanista debe transitar por este camino tan complejo como es el de la traducción porque en él reside la transformación, adaptación y, en definitiva, el avance de todo proceso cultural. Tal vez la especialización extrema haya podido hacer pensar en su estudio autónomo. El ensayo, por el contrario, defiende constantemente la vinculación de temas y conocimientos que podrían parecer separados. ¿O no es la cultura la reunión de aquello que está disperso? Rubio Tovar apuesta por trazar puentes entre períodos y conocimientos muchas veces encerrados en compartimentos estancos; por un generalismo bien entendido o, dicho de otra manera, por el humanismo. La traducción no debería estar cautiva por los traductólogos. El exceso de especialización, como advirtió Zumthor y nos insiste Rubio Tovar, puede convertirse en una relectura actualizada de la maldición de la Torre de Babel. Cualquier disciplina así, separada del resto, corre el riesgo de convertirse en una subcultura.

Quizás para los más enfebrecidos estetas, la traducción siempre arrastra consigo un aire de sucedáneo; es una concesión misericordiosa para el vulgo que no puede acceder al original. Éste y otros apriorismos han pesado (y mucho) también en las poéticas del siglo XX, algunas obsesionadas por la búsqueda de lo inefable. Como en su día se preguntó Oswald de Andrade, el poeta vanguardista de cabecera para los concretistas brasileños, ¿cómo que inefable? ¿cómo que in comunicable? La poesía (y añadiría toda la literatura) está aquí, en las palabras, y a través de ellas se comunica. Rubio Tovar entiende la historia de la traducción como la historia de la elección de opciones, de la negociación con el texto y con los

posibles lectores; la historia de una inacabable (y babélica) comunicación. E insiste en las reflexiones finales de este ensayo cuando afirma que la traducción es la lengua de los hombres. Es en este punto cuando el entendimiento de la traducción alcanza lo antropológico, en la medida que supone un concepto esencial en la organización y desarrollo de cualquier sociedad.

En esta negociación constante con el texto, en el valor de la variabilidad, se ponen bajo sospecha algunos conceptos que tradicionalmente regían una traducción. La, en otro tiempo, tan reclamada y rígida fidelidad, tampoco está exonerada de historia. De hecho, el ensayo nos recuerda frecuentemente que indagar sobre lo que se ha entendido por fidelidad a lo largo de la historia debería ser uno de los propósitos para cualquier estudioso que se aproximara a la traducción.

En la construcción de los diversos relatos sobre las literaturas nacionales se ha privilegiado el texto original y, por el contrario, se ha solido desdeñar el texto traducido. Rubio Tovar insiste y pone en valor con diversos ejemplos entresacados de la literatura española tardo-medieval y renacentista cómo una traducción nos puede decir más y mejor de una época que un texto original, porque, ¿acaso no constituyen todos los textos —originales y traducidos— la tradición? Han sido los traductores los que han configurado el fenómeno conocido como la literatura universal. Gracias a estos esforzados y no siempre visibles elementos de la institución literaria, se ha convertido la literatura extranjera en nacional. Si bien, como advierte nuestro autor en las conclusiones finales, deberíamos valorar qué significa texto “extranjero” desde el momento en que tenemos acceso a su lectura. Está fuera de dudas que un lector inglés no leerá del mismo modo una novela de Dickens que un lector que acuda a una traducción. Pero esta “experiencia para dentro” a la que antes aludíamos, nos debe hacer replantear lo arbitrario que supone tildar de ajeno un texto traducido que se incorpora a nuestro bagaje lector, el personal y el de nuestra comunidad de lectores. Rubio Tovar apunta que, como han señalado ilustres filólogos, han sido los traductores los que, en períodos preliminares, han intervenido de manera decisiva en el origen de las lenguas nacionales. No tanto los poetas, sino los traductores se erigen, en el momento fundacional, como factores imprescindibles en la constitución de una lengua literaria.

Rubio Tovar tiene la osadía de adentrarse en aspectos tan vidriosos como es la relación entre música y literatura. No menos difícil de tratar son los casos de transmutaciones, en que, por ejemplo, una novela toma forma de película o la contemplación de un lienzo trata de plasmarse en un poema. En un sentido vago, se ha equiparado el lenguaje con la música, pero, sin duda, como advierte Rubio Tovar, no puede hablarse nunca de traducción. Destacar, porque dispone de un espacio considerable, el ensayo titulado, modestamente, “notas sobre el lied romántico” y que trata de la influencia que ejerció la canción tradicional ibérica en la música alemana del siglo XIX. Sin entrar en pormenorizar el desarrollo de este capítulo, me parece oportuno resaltar que el autor demuestra que ni un estudio temático sobre lo español en el lied alemán romántico, ni un estudio musicológico o ni cualquier otra perspectiva parcelada, acaba por dar una explicación razonable a este fenómeno. Más bien se trataría de la suma de todas estas vías. Es necesario, entonces, asumir la complejidad del fenómeno cuyo abordaje requiere un seguimiento que atienda a la historia y a la diversidad de disciplinas artísticas y sistemas que reúne. Rubio Tovar nos advierte, pues, de las falsas seguridades de los especialistas en la materia. Si bien el acceso es complicado y abrupto, sólo aquel que afronte la complejidad de las materias podrá alcanzar un entendimiento, siempre provisional y limitado, y, por ello, más cercano a lo real.

Por último, me gustaría destacar un aspecto que cualquier lector que haya seguido la obra de Rubio Tovar ha tenido la ocasión de percibir: su curiosidad intelectual no tiene límites. Umberto Eco tildó a Athanasius Kircher de bulfímico intelectual, y, no les quepa duda, algo

de esta patología es compartida por Rubio Tovar. Atención, pues, lectores, porque es irrefrenablemente contagiosa.

Jordi CERDÀ SUBIRACHS